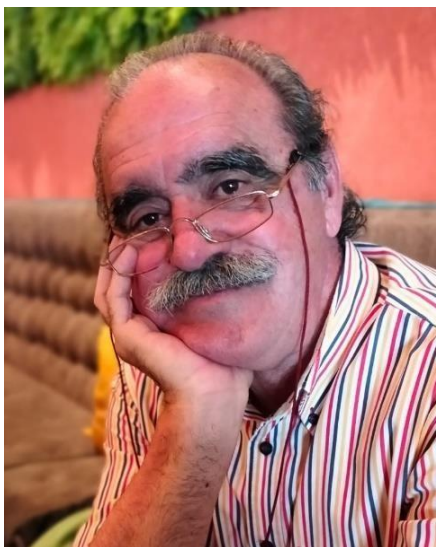


VIVA LA VIDA



Álvaro Ramos Rivas

Me resulta un trabajo ímprobo tomar la pluma y ponerme a escribir. Le doy mil vueltas y busco innumerables excusas para no hacerlo. En esta ocasión no ha ocurrido así.

Convencido de mi tarea he desempolvado la pluma, he vencido mi vergüenza a ser leído porque mi meta es esa, ser leído. Me pongo delante de este cuaderno que me hace recordar el dicho de los escritores referido al miedo a enfrentarse a un folio en blanco y no saber cómo empezar aquella historia que tenían y que en ese momento la musa les niega. No es mi caso. Literalmente tomo la pluma, mi pluma, el mejor regalo que me hice en la vida. Una Pelikan made in germany, negra, de nácar, con carga por embolo y siempre con tinta azul, que por cierto, cada vez me cuesta más encontrar los tinteros para las recargas. Un día la vi en una papelería que tenía cierto aire de distinguida y exclusiva, quizás por ello su precio lo consideraba elevado. Cada vez que pasaba le echaba un ojo para contemplarla y un día, un gran letrero anunciaba el próximo cierre, todos los artículos estaban en liquidación. La pluma no tenía el nuevo precio, por lo que entré y pregunté, se salía de mi presupuesto y desde ese el destino es porque no le ocurrió lo siguiente; una de mis hijas necesita una determinada momento la di por perdida. El que no crea en calculadora que incorporaba cálculos matemáticos avanzados y le habían comentado donde la encontraría muy barata, era mi papelería. Entré y pedí la calculadora, efectivamente disponían de ella y no me pareció mal de precio. Observé que estaban empaquetando el contenido de los estantes y me interesé por la pluma que ya no estaba en el escaparate, me la sacó de una caja ya apilada para transportar y me la ofreció a mitad del precio que ya tenía rebajada. La compré. Desde ese día me acompaña en los últimos veinte años de trabajo y todos los que llevo jubilado, que no quiero contar. El cuaderno es un Moleskine de tapa de cartón, color cartón, un poco más pequeño que la cuartilla con papel interior satinado, donde la pluma se encuentra en su medio, deslizándose y dibujando las palabras que le llegan. Doy tanto detalle porque la verdad es que no sé cómo empezar. Nada de lo dicho hasta ahora

incumbe a la razón de mi puesta a escribir, pero lo dicho, dicho está. Ahora vamos a lo que me trae aquí.

Me han diagnosticado un cáncer de pulmón de los que no puedes esperar nada bueno. Tiene su apellido y podría buscarlo en el informe que el médico me dio, pero no es trascendente. No es que no me fiara del galeno, pero me he tomado la libertad de consultar en internet. Maldita la hora que lo hice. No solo me confirmó lo diagnosticado, sino que como internet no se lo dice a persona alguna, sino a nadie, no tiene la delicadeza que el doctor Martínez tuvo para conmigo al comunicarme que los próximos dos meses notaría un incremento paulatino de mi cansancio, mi peso disminuiría significativamente y que, en el tercer mes, mi movilidad se resentiría de tal manera que me vería abocado a la inmovilización y posiblemente no lo finalizaría. La alternativa eran unas sesiones de quimioterapia, muy agresivas, que me facilitarían desde un veinticinco a un treinta y cinco por ciento, las posibilidades de superarlo o un par de años más de vida. Visto lo visto a mi alrededor cercano en los últimos años, decidí no optar por el tratamiento con quimio.

Aquí estoy, diagnosticado hace un par de semanas y con mi secreto en las espaldas. No sé qué hacer, ¿cuándo se lo digo a Maruja y a las niñas?, ¿se lo diré a mis hermanas, a la familia, a los amigos, cuando? Creo que no se lo voy a decir a nadie. A Maruja sí. Todavía no. Ya veremos.

Cojo mi pluma y me pongo a escribir para pensar que debo hacer. En primer lugar, debo saber que mi fecha está ahí, que la tengo anunciada, creo que demasiado pronta, y en ese caso ¿qué es para mí la muerte? No quiero morir. Lo tengo claro. ¡No, quiero, morir!

Tampoco me importa, creo que los grandes objetivos que cualquier persona tiene marcados, los he cumplido. Esto es pensamiento de ahora, ayer ni se me había ocurrido.

Mi hija mayor está bien casada, es feliz y parece que el porvenir les sonríe. La menor es una cabeza loca y en realidad no sé cómo le va, se le ve plena, a pesar de las pintas que tiene y de las compañías que lleva. Si ella quiere esa vida, es la suya y no voy a ser yo quien le diga cómo ha de vivirla. Yo cumplí mi misión de ponerla en el mundo y hacer lo posible para que tuviese educación y cultura, que tuviese bagaje para ser capaz de escoger, decidir su lugar en la vida y en la sociedad. Su lugar, no el nuestro. Ella ha escogido. Ya sé que Maruja no piensa igual, sus comentarios la delatan, pero bueno, el que se va a morir soy yo y, la verdad es que ¡no quiero! Imagino que Maruja lo va a pasar mal, más por la soledad que por otra cosa. Me doy cuenta de que no he sido el marido ideal, tampoco he sido una bala perdida, pero es cierto de que en muchas ocasiones se me ha olvidado de que el matrimonio

es cosa de dos y que, siendo consciente de esto, tampoco he puesto mucho remedio porque, quizás he entendido que ella también iba a su “bola” y, por lo tanto, sin tener una gran intimidad, si hemos tenido una buena convivencia.

Ahora me doy cuenta de que este tema nunca lo hemos hablado. Creo que tampoco éramos conscientes, solo nos hemos dejado llevar por el día a día, la crianza de las hijas y la convivencia social. ¡Qué vacío lo veo ahora! ¡Qué trascendencia le hemos dado a las relaciones sociales y que poca a nuestra relación!

Los días están pasando y sé que no me quedan muchos más, ojalá me equivoque, sin embargo, el mundo no se va a detener, todo va seguir lo bien o mal que cada situación conlleve. Los albañiles acabarán la obra de al lado. El camión de la basura seguirá pasando a la hora más impertinente de la noche. El perro de la vecina seguirá portándose mejor que la vecina. Los políticos seguirán a lo suyo, no a lo nuestro. La liga no parará. Todo seguirá. Y yo, me habré muerto. Pero estaré, no sé dónde, pero estaré. Yo seguiré siendo yo. Estoy convencido de eso. No es fe, es la conclusión de mi razón. El único ser del infinito universo consciente de sí mismo no puede perderse en la nada. La verdad es que me da igual cómo va ser mi vida futura, no sólo me da igual, es que no deseo montarme un irreal escenario de algo que desconozco y cuya trascendencia no tiene vocabulario para ser expresado. Solo sé que seguiré viviendo y no me importa cómo.

Nunca había pensado en la muerte como algo posible en mí y por lo tanto yo mismo me sorprendo de esta conclusión. Será consuelo para hacer vivible estas semanas que me quedan. Lo cierto es que cuando alguna persona querida ha muerto, nunca lo he tomado como una catástrofe, sino como parte de la vida, aunque el hecho en sí haya sido inoportuno o bien por edad, situación familiar o cualquier otra causa, pero natural. La muerte la veo como parte de la vida, no como final de esta, eso es mi consuelo. No es otra existencia, es la vida de otra forma.

Han pasado ocho días y después de leer lo anterior creo que pocas cosas tengo que matizar. Maruja me dice que tengo que ir al médico porque la tos mía no le gusta. Todavía no le he dicho nada y no sé cuándo lo haré. Me viene la duda de si debo despedirme de los conocidos y de los amigos. Por experiencia se lo poco sinceras que son las palabras y actitudes en determinadas situaciones, como también sé que en mi velatorio saldrá a relucir lo buena persona que era y me enteraré de situaciones y anécdotas, con unos y otros, que son la primera vez que las oigo y todo para ilustrar lo buena persona que era. Por cierto ¿fosa u horno?, no, no es el momento. No voy a despedirme de nadie, me llevaré, es una forma de hablar, el recuerdo real de mi relación con todos ellos. No quiero adulterarlo con bonitas

palabras y halagos falsos, cuando los hagan, mi cuerpo estará en la caja de pino y yo los oiré aceptando el convenio de lo socialmente correcto. Mis amigos se merecen el respeto de no ponerlos entre la espada y la pared forzando posturas o comentarios. No quiero que todos los días me molesten llamándome para ver como estoy y repetir innumerables veces la misma historia a cada uno de los interlocutores, más o menos conocidos, seguro que alguno lo hará más por el interés del morbo que el real de saber cómo estoy. No soy demasiado duro, es lo que he visto, hemos visto, hemos vivido y yo no quiero sufrir lo mismo. No quiero la vida con un tratamiento desesperado de quimio con un margen tan menguado, y seguro que exagerado, de posibilidades. Tengo miedo al dolor, al malestar, si, mucho miedo, pero también al de mi mujer y al de mis hijas, mis nietas no se van a dar cuenta, pero si de algo se acordasen, que no sea del abuelo disminuido y con mal humor, sino del que empujaba al columpio, mal pateaba la pelota y gateaba con ellas. No voy a despedirme de nadie. Voy a vivir cada día consciente de mi situación y por lo tanto disfrutarlo.

Es duro ver ponerse el sol con ese derroche de color, donde toda la gama de dorados y rojos iluminan las nubes del cielo de este otoño y ser consciente de que no voy a ver muchos más atardeceres. Mejores puestas de sol vendrán y yo no estaré dándole la mano a mi nieta y mirando a Maruja. En estos días me he dado cuenta de que estoy enamorado de ella, la quiero, y soy consciente de que hubo un momento donde escogimos vivir según el mundo que nos rodeaba y no vivir nosotros, como pareja, como matrimonio, intensamente y rodeándonos del mundo que nuestra felicidad nos deparara. Escogimos mal y ya no tiene remedio, pero la quiero y sé que soy querido. Es increíble, este sentimiento de saberse querido. Me da una paz que me deslumbra y maravilla. Me transporta a mundos no vividos. Soy querido y no me había dado cuenta. Me quiere Maruja, me quieren las niñas, me adoran las nietas. Puedo decir que varios son los amigos, no muchos, que siento que me quieren, aunque ellos no lo sepan. Que fracaso es el percibir esta grandeza a las puertas de mi muerte y que privilegiado soy al poder disfrutar de esta realidad no conocida antes.

Cuando voy por la calle o me subo al autobús noto que mi relación con el mundo ha cambiado, ya no soy indiferente a todo, me centro en lo mío. Me intereso por qué lleva ese chaval la cara tan triste o envidia al que la felicidad le desborda. Oigo chirriar los pensamientos de ese que pasea el perro y trata de resolver algún problema. Me pregunto por qué no han regado ese árbol. Todo me llama la atención y nada me distrae, me siento parte de ese todo. Estoy en ese todo.

Hoy no he querido faltar a la cita que ha convocado Manolo para tomarnos unas cervezas, será la última, aunque ellos no lo sepan. Ha sido muy agradable y el humor ha imperado, ya han pasado aquellos tiempos en los que el postureo era lo relevante y en alguna ocasión, casi siempre, alguien salía enfadado por la petulancia de otro. Ya sabemos quiénes somos y de que “pata” cojeamos. Nuestras conversaciones, por muy críticas y ácidas que sean, no hieren a nadie porque ya nadie quiere sentirse identificado con posturas radicales, solo queremos estar a gusto y sin problemas. Me preguntan por mi delgadez y me piden la receta del régimen que sigo, se la he dado, no sé qué receta le he dado, pero Fernando ha tomado nota para tratar de bajar su voluminosa barriga cervecera.

De camino a casa he entrado en la iglesia de los jesuitas, no sé por qué. Ahora que lo escribo me parece mentira. Paso con mucha frecuencia, casi todos los días, nunca se me había ocurrido. No soy hombre religioso y ahora que lo pienso, tampoco anti-religioso, pero la verdad es que desde la primera comunión no he entrado en una iglesia a no ser por obligación, mi casamiento, algún evento familiar y nada más. Hoy he entrado y me he sentado donde creía que menos se me veía. No he rezado, no me acuerdo. Solo había dos señoras que se fueron a los pocos minutos. Estaba a gusto, no tenía necesidad de irme, no tenía prisa, solo estaba y nada más. Paz era lo que sentía camino de casa. Y digo paz porque es la única forma de definir lo que en mi interior bullía y que nunca había experimentado. No se han abierto los cielos, ni se me ha aparecido nadie. No ha pasado nada raro. Solo me he sentado y ahora siento paz.

Ya no puedo andar dos pasos sin ahogarme y el brazo de Maruja es mi bastón. Fue la comida más romántica que hemos tenido. Escogí un sitio de ensueño, el Carmen de la Victoria. Maruja expectante, algo se esperaba y se hacia la despistada, como cuando le quería hacer la pelota para conseguir algo de ella. Cuando nos tomamos el postre y antes del café saqué una cajita y se la entregué. Me costaba explicarle que después de tantos años, dos hijas y dos nietas, me había dado cuenta de que el estar enamorado de ella no era verdad, era quedarme corto, ella es..., no supe decirlo, pero ella sí que me entendió

y lloró. No me respondió a nada porque según decía, un nudo en la garganta se lo impedía, pero que su interior estaba lleno de felicidad. A bocajarro le dije: Maruja no llego a Navidad y te pido perdón por dejarte de esta manera, pero llega mi hora y solo me arrepiento de no haber sabido vivir como dos enamorados ya que lo hicimos, solo, como dos casados. No me respondió. No comentó. Pero todos los días me responde con su cariño y atención.

Aprovecho ahora que me he renovado el parche de morfina para terminar estas líneas que no sabía por qué las escribía y ahora doy gracias a esta

ocurrencia ya que me ha hecho pensar y sentir lo que de otra manera no hubiese ocurrido. Me pesa la pluma y la arrastro haciendo poco entendible los garabatos que surgen. Solo quiero decir que, se va un hombre que habiendo vivido a tope, solo se lleva la felicidad que he podido apreciar en estos últimos días. Esta felicidad es la que sustentará mis días venideros.

Álvaro Ramos